

Como investigador del arte mexicano, le corresponde el mérito de haber iniciado los estudios iconográficos e iconológicos del arte novohispano, los cuales, como es de comprenderse, son de importancia fundamental para el mejor conocimiento del fenómeno estético en la Nueva España.

Entre sus aportaciones importantes deben mencionarse al menos los artículos sobre José Luis Rodríguez Alconedo; los estudios dedicados a Francisco Eduardo Tresguerras; la interpretación iconológica de la decoración de la Capilla del Rosario de la Ciudad de Puebla y sus "Notas sobre lo cursi". Aunque algunos de estos temas hayan sido tratados con mayor amplitud por autores recientes, las aportaciones que él hizo aún tienen vigencia.

Entre sus libros deben destacarse el dedicado a la obra del pintor Cristóbal de Villalpando, *Antinoo, el último dios del mundo clásico y Cartas barrocas*.

Su comprensión del arte fue historicista. Su gusto por el arte clásico y el neoclásico, no le impidió valorar y admirar la cultura barroca —a cuyo arte dedicó su mayor y mejor empeño—, pues cada modalidad artística fue considerada por él como valiosa expresión de un momento histórico determinado.

Los conceptos, opiniones y juicios emitidos por el maestro De la Maza sugieren, además de una sólida erudición, la presencia de un móvil sentimental importante. Su percepción del arte parece haberse iluminado por un fuerte destello esencialista, con raíces platónicas, en combinación con un moderno sentido histórico de la belleza.

Ernesto Mejía Sánchez, cátedra y erudición

Margarita Peña

La aportación de Ernesto Mejía Sánchez —Nicaragua, 1923–México, 1985— a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México tuvo como marco el área de la literatura de Hispanoamérica, y aspectos específicos de la literatura de la Colonia y de los siglos XIX y XX. Esto no quiere decir que no frecuentara géneros y disciplinas diversos. Por los años setentas se realizó en San Cristóbal las Casas, Chiapas, un congreso internacional sobre fray Bartolomé de las Casas y en él, haciendo gala de cultura interdisciplinaria, Ernesto Mejía Sánchez alternó como lascalita con historiadores mexicanos y extranjeros. Por otra parte, Ernesto cultivaba la creación en términos



Paciencia Ontañón, Juan M. Lope Blanch, Augusto Monterroso, Ernesto Mejía Sánchez, José Pascual Buxó, Antonio Alatorre y Margit Frenk, 1958.

de poesía y prosemas. Su *Recolección al mediodía*, publicada por Joaquín Mortiz, da cuenta de ello. Prosas exquisitas que lindan con lo poético; poesía que roza lo confesional. Decir los sentimientos, la vida, con elegancia suprema fue una de las características de los textos de creación de Mejía Sánchez. Durante muchos años —a lo largo de los sesentas y los setentas— fue titular de la materia Literatura iberoamericana. Su interpretación del *Rabinal-Achi* solía ser un compendio de erudición y pasión que a todos nos fascinaba, y fue por ello que los estudiantes llegaron a bautizarlo “Maestro-mago-brujito”. Su auditorio perfecto se encontraba en los seminarios de posgrado, en donde algunos dilectos aprendían de él las sutilezas de la edición textual y gozaban las delicias del dato erudito, o de la publicación rara y curiosa que Ernesto, generoso, ponía a disposición de los demás. Su territorio era la biblioteca, el archivo. Por los años en que estudié con él, lo obsesionaba un documento extenso y laberíntico ¿del siglo XVI, del XVII?, titulado “Las alteraciones del Darién”, al que trataba de dar forma con la ayuda de sus alumnos. En la casa de Luis Kuhne concentró un acervo especializado en literatura colonial, de los Siglos de Oro, y modernista, cuyo destino final desconocemos, y el cual hubiera debido ser adquirido por esta Universidad que lo vio florecer. Rubén Darío y José Martí, para él, no sólo eran temas de clase, sino presencias determinantes. Lo mismo Alfonso Reyes, de quien editó gran parte de los tomos

que configuran las obras completas. A fines de los setentas fue llamado por el gobierno sandinista a hacerse cargo de la embajada de Nicaragua en Madrid, puesto que desempeñó con donaire, sabiéndose sucesor de un embajador egregio: ¡nada menos que Rubén Darío! A su muerte, en la ciudad de Mérida, Yucatán, a finales de 1985, quedaron pendientes dos empresas de crítica textual: la recopilación y edición de las múltiples versiones existentes del soneto que empieza “No me mueve, mi Dios, para quererte [...]”, y la citada investigación sobre “Las alteraciones del Darién”. Ojalá pudieran ser concluidas.

Reyista, martiano, dariano, erudito singular, investigador y maestro, mucho dio Ernesto Mejía Sánchez a los que lo escuchamos, lo seguimos, y de él aprendimos.

Héctor Mendoza

José Luis Ibáñez

¿Sería una torpeza confesar ahora mi fallido intento de parodiar un célebre bolero? Forzando su rima, mi broma cariñosa empezaba:

Tú me acostumbraste a todas esas cosas
y tú me enseñaste que son Héctor Mendoza's...

Con seguridad, en cambio, puedo decir que de las cosas nada simples que, en los años de *Poesía en voz alta*, Héctor Mendoza hizo como director, soy buen testigo. Gozarlas cuando sucedieron, asombrarme de su inspiración, ver con mis propios ojos cómo encarnaron, fue mi suerte. Analizarlas, aquilatarlas y esforzarme en su comprensión para comunicarlas a quienes desean saber de ellas, es —no exagero— una de mis ocupaciones más frecuentes.

No sólo era yo su ayudante. Nuestra amistad se fue haciendo entre viajes de autobús, festivales de teatro estudiantil, y reuniones con Juan García Ponce y Miguel Barbachano. ¿Qué hubiera sido de mí sin esa compañía?

Las lecciones y experiencias de Héctor no podrían confundirse con las de ningún otro: tan exigentes unas como inspiradas las otras; tan imaginativas como estudiosas; tan disciplinadas como intuitivas. Sus obras de juventud comprueban que nació dotado para el teatro. Y cuando, para sorpresa de muchos, se dispuso a dirigir, sus dones naturales